

Los medios de comunicación y los malentendidos euroárabes

Paul Balta

Desde hace más de veinte años y de manera regular, diversos organismos (universitarios, diplomáticos y de prensa) me piden que trate el tema de –La imagen del Mundo Árabe en la prensa francesa-, e incluso –La imagen del Mundo Árabe y del Islam en los medios europeos-. Si tuviera que hacer un balance rápido sobre la imagen del mundo árabe y del Islam en los medios europeos, diría que esta imagen es, salvo raras excepciones, más bien negativa, por no decir pésima. Sin embargo, el tratamiento global de la información, respecto tanto del Mundo Árabe como del musulmán, ha mejorado en los últimos 25 años, tanto desde el punto de vista cualitativo como cuantitativo, es decir, a partir de la guerra de los Seis Días, en 1967, con la salvedad de la crisis y la guerra del Golfo en 1990-1991, que dio lugar a una manipulación sin precedente por parte de los medios, manipulación de la que los periodistas occidentales fueron, en su mayoría, las primeras víctimas pero también, los cómplices.

Antes de entrar de lleno en el tema –Los medios y los malentendidos euroárabes-, quisiera formular aquí ciertas reflexiones sobre los medios de información y sobre el oficio de periodista, con el fin de evitar las ambigüedades y las confusiones. Lo primero es que, se quiera o no, nos encontramos en una era mediática; de ahí en más es necesario conocer sus reglas y controlarlas si se pretende no ser un marginal ni un desconocido. Lo segundo es que los medios reflejen su entorno y las relaciones de fuerza que existen en el mundo; que pueden ser, como se suele decir, –el cuarto poder-, pero no son *el Poder*, ¡quiero decir el poder político! El tercero es que los medios están en el corazón de los sucesos; pueden ocultar, minimizar o exagerar su resonancia, pero salvo casos muy raros, no los crean.

Otra observación: en general, el público exige objetividad por parte del periodista. Esta es una noción ambigua. Me parece evidente que un universitario, un diplomático, un economista y un periodista no analizarán de manera idéntica los hechos que se produzcan en el Mundo Árabe. Así mismo, el juicio que dos hombres políticos europeos podrán aportar –juicio del cual la prensa se hará eco- dependerá menos de su posición política que del nivel de conocimiento que cada uno de ellos tenga del mundo árabe y de la importancia que otorgue a las relaciones entre éste y su propio país. Así mismo, es evidente que estos diferentes especialistas no pueden percibir lo que sucede en la orilla sur del Mediterráneo de la manera en que lo hacen sus colegas árabes, con sensibilidades nacionales y convicciones ideológicas diferentes.

Desde luego aquello que puede y que debe exigirse de un periodista, tanto del Norte como del Sur, es que sea honesto, riguroso, exigente. En síntesis, que se conduzca como profesional de la información, no como militante, propagandista o funcionario enquistado en un régimen o en un poder.

Las cuatro imágenes del Árabe

Desde los comienzos de la Guerra de Argelia, en 1954, y la expedición de Suez, en 1956, la representación que los Europeos hacen –en general- de los Árabes se reduce a cuatro imágenes esquemáticas:

- 1.- El terrorista, trátase de un *fellaga* argelino, de un fedayín palestino o de los secuestradores que surgieron después de detonado el conflicto libanés en 1975;
- 2.- El pobre trabajador inmigrante poco cualificado, considerado inculto, si bien se puede ser analfabeto y portador de cultura;
- 3.- El rico Emir del Golfo, que surgió como resultado del primer *boom* petrolero, en 1973, y
- 4.- El integrista fanático que aparece después de la victoria de Jomeini en 1979, en Teherán, se define con la Guerra de Afganistán y se confirma con la subida del Islamismo, sobre todo en Egipto y en Argelia.

Una cierta confusión existe también entre árabes, iraníes, afganos, turcos y otros musulmanes. ¿La prensa es, acaso, responsable? No lo creo. Los periodistas europeos se han esforzado por distinguir correctamente a los diferentes pueblos, así como por señalar que todos los árabes no son musulmanes y que todos los musulmanes no son árabes.

Para ilustrar esto tomaré tres ejemplos franceses: una primera encuesta sobre la imagen de los árabes fue encomendada en 1984 por el Instituto del Mundo Árabe (IMA) a SOFRES. Asustados a causa de ciertas respuestas, los embajadores árabes, miembros del Consejo de Administración del IMA, se opusieron a su difusión, en particular en la prensa. No se puede sino lamentar dicha reacción, puesto que, en su conjunto, la encuesta era equilibrada y su publicación habría ayudado precisamente a combatir las imágenes negativas, debidas en general a la ignorancia.

Según otro estudio realizado en 1987, el 55 por ciento de los franceses interrogados consideraban al Islam como un factor de Guerra. Finalmente, una tercera encuesta fue encargada por *Le Monde*, *la VIE*, y *RTL* al Instituto Francés de Opinión Pública (IFOIP). Esta se basó en los musulmanes de Francia, de los cuales más del 50 por ciento son originarios del Mundo Árabe, principalmente del Magreb. De este interesante estudio resultaba que más de dos franceses sobre tres tenían una imagen negativa del Islam. Por el contrario, y debe señalarse, nueve de cada diez musulmanes estimaban que su religión era compatible con su integración en la sociedad francesa.

Los malentendidos históricos y culturales

¿Cómo hacer para no preguntarse sobre las causas de esta imagen negativa? En realidad, son múltiples, y me parece que las responsabilidades se encuentran repartidas, aunque todavía no lo suficiente, entre el Norte y el Sur. Existen indudablemente, *nudos de incompreensión* resultantes de la historia y de la manera en que se enseña (Conquista musulmana, cruzadas, reconquista, expansión otomana, colonización, guerras de independencia como la de Argelia...). Otros están ligados al *Imaginario colectivo*, y aún más, a la ignorancia de la cultura del Otro. De ahí la importancia de la enseñanza y de los medios.

Desde tiempos inmemoriales, el Mediterráneo ha sido una zona de confrontación y encrucijada de relaciones. Curiosamente, los libros de historia y la memoria de los pueblos retienen con más facilidad los conflictos que los intercambios culturales. Sin embargo, sólo Dios sabe hasta qué punto estos últimos han sido numerosos y constantes: el problema es que sólo una de las orillas lo recuerda y, como si fuera poco, ¡de manera selectiva!. En este mar casi cerrado, cuna de tres religiones monoteístas y hogar de múltiples civilizaciones, los conflictos no impidieron jamás a los navegantes, comerciantes y hombres de ciencia el circular por sus aguas.

Los europeos en general, y en particular los del Sur, se consideran herederos de la civilización greco-romana. Esto es como olvidar todo lo que Grecia debe a Oriente, sobre todo a Egipto. Los griegos del período clásico no dudaban en reconocer su deuda frente a la civilización faraónica. Yo resumiría esta idea de la siguiente manera: los templos griegos son los hijos –a escala humana- de aquellos que en una dimensión divina y colosal son Luxor y Karnak. No hace mucho tiempo, en todo caso después de la creación del Estado de Israel, en 1948, los europeos se referían aún a la herencia judeocristiana, olvidando una vez más todo lo que estas dos religiones deben a Oriente. Sin embargo, la tercera parte de esta herencia, aquella que corresponde a la civilización árabe o árabe-musulmana, ha sido prácticamente ocultada, y sólo reconocida por los especialistas, salvo sin duda en el caso de España, ya que durante cinco siglos –del VII a XII- la civilización árabe se encontró en la cima de la modernidad en lo que se refiere a Matemáticas, Astronomía, Química, Medicina y Filosofía. Sin su aporte, sin las traducciones realizadas en Andalucía y Salerno, nuestro Renacimiento no hubiera sido lo que fue.

Enseñar esto en las escuelas y las universidades europeas me parece indispensable, ya que contribuiría a arreglar ciertos malentendidos y a modificar la visión que tenemos sobre nuestros vecinos del Sur. Porque ¿quiénes son ellos?

Aun aquí tomaría yo algunos ejemplos franceses por cuestiones de comodidad.

El capítulo sobre el Islam de los manuales escolares contiene numerosos errores, aproximaciones, juicios de valor erróneos; aceptando incluso lo mucho que los editores han mejorado el capítulo de historia de quinto año, a causa de una serie de críticas publicadas en 1984 por la Asociación Islam y Occidente.

De cualquier manera, salvo por una intención explícita de especializarse en la lengua y culturas árabes, un estudiante puede pasar varios años en la universidad sin saber nada de las grandes figuras de la civilización árabe.

Sería sin embargo más normal que a instancia de Spinoza o de Kant, Averroes o Ghazali sean inscritos dentro del programa de la filosofía; que Ibn Haldun lo fuera en Historia, Naguib Mahfouz en letras modernas, y así sucesivamente.

Creo que la situación no varía demasiado en los otros países europeos. Ya he dicho que los periodistas reflejan su entorno. Ellos reflejan también su universidad. En Francia, hace diez

años, podían contarse con los dedos de la mano los periodistas que tenían un conocimiento profundo del Mundo Árabe, de su civilización, del Islam y de los cristianos de Oriente, antes de convertirse en especialistas. A decir verdad, todos aquellos especialistas – principalmente Edouard Sablier, Eric Rouleau, Georges Henein y yo mismo- habíamos ya vivido en Cercano Oriente y hablábamos el árabe.

Para empezar, la situación de la orilla Sur es muy diferente, en la medida en que las elites conocen por lo menos una de las lenguas europeas, y además varía mucho de un país a otro según cuente o no con una minoría cristiana. De una manera general la presentación de la cultura (cristiana) europea se hace a la altura del Islam, que es, de todas maneras, valorado.

Los juicios de valor, más bien críticos, se cargan sobre el Occidente considerado como históricamente expansionista (Roma, las cruzadas, la colonización); la conquista musulmana no se juzga como tal puesto que llevaba consigo el Corán, palabra de Dios.

Las grandes corrientes del pensamiento occidental fueron conocidas y estudiadas a partir de la Nahda (el Renacimiento árabe), del siglo XIX. De cualquier manera, la influencia de la Nahda en la modernización del mundo musulmán después de un largo período de decadencia fue largamente discutida por los integristas musulmanes.

Los malentendidos políticos y económicos

Ya en el siglo XX, numerosos factores conforman el origen de las tensiones y los malentendidos euro-árabes; tensiones que encuentran su eco en los medios de comunicación de las dos orillas. Entre estos factores, uno de los más importantes (a causa de las consecuencias que aún hoy se dejan sentir) es el desmantelamiento del Imperio Otomano al final de la Primera Guerra Mundial. **En realidad, la repartición de las zonas de influencia entre ingleses y franceses había comenzado ya en 1915/16 con los acuerdos de Sykes-Picot; ahora bien, los británicos habían prometido al Cherif Hussein de La Meca, tatarabuelo del Rey de Jordania, la constitución de un –reino árabe-. La repartición se llevó a cabo, previa promesa, en 1917, de –un hogar Nacional Judío- en Palestina por parte de Lord Balfour.**

Todo esto se concretó con el Tratado de Sevres (1920), que preparó la vía a los mandatos que la SDN confiaría a Francia en Siria y Líbano, y a Gran Bretaña en Palestina y en Irak. Dentro de este tratado, los poderosos prometían un Estado a los Armenios y la autonomía a los Kurdos.

El Tratado de Lausanne (1923) borró estas promesas, y los resultados apenas comienzan a verse ahora. Y no hago mención del Tratado de Uqair (1922), dictado por Sir Percy Cox, Alto Comisario británico para Arabia, Kuwait e Irak, conteniendo ya el germen de la guerra del Golfo.

Los malentendidos se multiplicaron con las luchas por la independencia en el Cercano Oriente y el Magreb. Los magrebíes, que habían participado en la guerra contra la Alemania nazi y en la liberación de varios países de Europa, no habían comprendido

en 1945 que París no había hecho ninguna señal de gratitud ni de reconocimiento de su soberanía. Ahora bien, a no ser por periódicos tales como *Témoignage Chrétien* y algunos órganos de izquierda, la prensa francesa y europea ha ocupado su tiempo en admitir y en defender el derecho de esos pueblos a su independencia.

Igualmente, sensibles al holocausto de los judíos en los campos de concentración nazis, las potencias europeas sostuvieron la creación del Estado de Israel en 1948, sin preocuparse demasiado por los Palestinos. El tema les preocupó tan poco que Francia, Gran Bretaña y España se abocaron a hacer frente a la ola nacionalista que recorría el Cercano Oriente y el Magreb y que se acompañaba de nacionalizaciones del petróleo en Irán, por Mossadegh en 1951; de la Compañía Universal del Canal de Suez, por Nasser en 1956; de nuevo del petróleo, por Kassem en Irak, en 1961; etcétera. En estos casos,

y a excepción de ciertos órganos militantes o especializados, la prensa estuvo del lado de los israelíes más que de los árabes, y del de los regímenes conservadores más que del de los dirigentes nacionalistas.

Paradójicamente, estos nacionalistas, acusados de –dictadores–, eran tan modernistas que pretendían asegurar el desarrollo de su país inspirándose en el modelo europeo.

Los franceses tienen tendencia a no ver en la Revolución Francesa sino los aspectos positivos (democracia, derechos del hombre, etc.), y a olvidar sus derivados: el Terror, el jacobinismo excesivo, el bonapartismo.

Así las cosas, Ataturk en los años 1920; Nasser, Kassem y Boumedien en los años 1950-1970 y Kadafi, Hafez el Assad y Sadam Hussein después, se han referido implícita o explícitamente al jacobinismo y al bonapartismo, y, en todo caso, lo han puesto en práctica. Para defender sus intereses económicos a corto plazo y porque no apreciaba de ninguna manera que su espejo del Sur le devolviera el lado negativo de su propia imagen, Europa combatió las tentativas de casi la totalidad de los dirigentes modernistas árabes, desalentando las tentativas unitarias bajo riesgo de favorecer, sin querer, la subida de la ola islámica.

Paralelamente, Washington creó una alianza estratégica con Arabia Saudita desde el comienzo de la explotación del petróleo en los años 1930. Esta alianza fue reforzada durante la Segunda guerra mundial, y desde entonces Estados Unidos ha sostenido la mayoría de los regímenes y de las organizaciones islamistas. Para los Estados Unidos, estas fueron una rampa contra los partidos comunistas y una defensa frente a la Unión Soviética; además le hacían la vida imposible a los dirigentes nacional-modernistas que denunciaban al –imperialismo americano– en su plano político y económico. Por añadidura, hay que decir que, hasta la guerra del Golfo en 1991, la mayor parte de los movimientos islamitas se situaron en la corriente ideológica del wahhabismo saudita y fueron financiados por Riyad.

Curiosamente, y hasta hace poco, los estudios universitarios –al menos en Francia– no abordaban el tema de las relaciones entre los movimientos islamistas, por una parte, y Arabia Saudita y los Estados Unidos, por otra, sino de manera muy soslayada.

Los medios de comunicación, y la televisión en particular, fueron todavía más silenciosos. ¿Fue a causa de que Riyad era un aliado de Occidente y sobre todo un gran comprador de armas? ¿Fue porque su acción y su diplomacia fueron más secretas y más discretas que aquellas del Irán de Jomeini, con quien la política fue abiertamente provocadora?

Sea como sea, habrá que esperar hasta 1989 y dos capítulos de *L'Europe et l'Orient*, - *Sionisme et wahhabisme: nationalisme juif et nationalisme musulman*- y -*L'urgence de l'Etat wahhabite: la Victoire du désert sur la ville*-, para que finalmente los hechos sean expuestos y los análisis pertinentes, propuestos.

Desde entonces, y al quedar en evidencia a partir de la Guerra del Golfo en 1991, los lazos existentes entre los movimientos islamistas –entre los que contaban el Frente Islámico (Argelia), La Nahda (Túnez), los Hermanos Musulmanes (Jordania), etc.- la prensa escrita rompió su silencio y los universitarios siguieron el mismo camino. Por el contrario, la televisión francesa persistió en el mutismo.

El General De Gaulle, logrando la aprobación por *referendum* de la Independencia de Argelia (1962), adoptando las posiciones que se sabe respecto de la guerra de los Seis días (1967) y tomando otras y diversas iniciativas, volvió a la política tradicional del Estado francés, cuyos principales ejes fueron, desde Francois I. Europa y el Mediterráneo, y dentro de éste, el mundo árabe-musulmán.

Su política tuvo repercusiones en la CE e incitó a la prensa francesa y europea a interesarse más por el Mundo Árabe, e impulsó a este último a que viera en Europa una tercera vía entre los dos bloques hegemónicos de la época: Estados Unidos y la Unión Soviética. Fue bajo este espíritu que en 1973, y después de la primera crisis del petróleo, se instauró el diálogo Euro-árabe.

Desgraciadamente, este diálogo fue también una fuente de malentendidos. Debía implicar tres áreas: política, económica y cultural. Sólo la tercera conoció un principio de concreción, en 1983, gracias al Coloquio de Hamburgo. Las dos restantes quedaron en el olvido. En efecto, los europeos querían dar privilegio al aspecto económico a causa del petróleo e ignorar o minimizar las cuestiones políticas, sobre las cuales los árabes pretendían poner el acento en el problema palestino. Los medios de comunicación del Norte y del Sur comenzaron por reflejar las posiciones respectivas a los dos campos; sin embargo estos temas dieron lugar a múltiples debates tanto a nivel político como en la prensa. Si bien esto trajo como consecuencia un mejor conocimiento de la Cuestión palestina y del mundo árabe, los resultados políticos y económicos fueron escasos.

Los malentendidos geopolíticos

En diciembre de 1989, después del fin de la guerra fría, el presidente Mitterrand intentó reactivar el Diálogo Euro-árabe: como presidente en ejercicio de la CE, reunió en París a los 22 ministros árabes de Asuntos Exteriores y sus doce homólogos europeos. La tentativa no tuvo futuro. De hecho, las ventajas que hubieran podido resultar fueron minimizadas por la crisis provocada por la invasión de Kuwait por Irak, el 2 de Agosto de 1990, y la rápida puesta en marcha de una coalición de 29 países bajo la égida de la ONU, en realidad, de los Estados Unidos. En este asunto, Europa no ha sido sino una fuerza de apoyo en lugar de ser un factor determinante en una región que le interesa prioritariamente por razones políticas, históricas, económicas y culturales.

Ahora bien, es necesario decir que el papel de los Estados Unidos en el Mediterráneo, en el mundo árabe y aún más en el Cercano Oriente ha dado lugar, tanto ayer como hoy, a malentendidos de cierta talla.

En efecto, aunque amigos y aliados, los Estados Unidos y los Doce no tienen los mismos intereses en la región. Sobre varios sectores esenciales –entre ellos el petróleo– son competitivos y a veces francamente opuestos. Sobre el plan político, los norteamericanos han sido siempre hostiles al papel que la CE (o incluso alguno de los países europeos, en particular España, Francia e Italia) pueda jugar en la solución del conflicto árabe-israelí.

Es esto lo que explica que, entre otras cosas, Washington haya hecho lo posible en 1973-1974 para entorpecer el diálogo euro-árabe; Michel Jobert, entonces ministro de Asuntos Exteriores, no ha dejado de repetirlo desde hace veinte años.

Otro malentendido: la cuestión de los reagrupamientos regionales. En nombre del principio de –divide y vencerás– las antiguas potencias coloniales no favorecieron, hasta comienzos de 1980, las tentativas unitarias del conjunto del mundo árabe, o incluso y más modestamente, de cada país. Es cierto que la Liga Árabe fue fundada en 1945. Sin embargo, no es más que una adición de Estados, y su papel queda limitado, mientras que sus miembros consideran, con deseo y temor, a la CE como una fortaleza levantada frente a ellos.

En 1981, frente al peligro que representaba el Irán de Jomeini inscrito en la primera guerra del Golfo contra Irak, norteamericanos y europeos vieron de buen grado la creación del Consejo de cooperación del Golfo (CCG), dominado por Arabia Saudita. Por su lado, sus hermanos latinos, inquietos porque los efectos de la crisis favorecería, en el sur, la subida del Islamismo, alentaron la instalación de la primera Cumbre magrebí de la historia en junio de 1988 y el nacimiento de la Unión del Magreb Árabe (UMA) en febrero de 1989. Una concertación se organizó rápidamente entre los cinco países magrebíes (Libia, Argelia, Túnez, Marruecos, Mauritania) y los cinco hermanos latinos (Portugal, España, Francia e Italia), a los cuales se incorporó Malta.

Esta cumbre fue aplazada *sine die* en razón del embargo impuesto a Libia y por la situación de Argelia, sin hablar de las consecuencias de la guerra del Golfo. En detrimento de las promesas americanas concernientes a la instauración de un nuevo orden mundial, esta crisis sacudió violentamente al Mundo Árabe: desde Irak a Marruecos, se encuentra dividido como no lo estuvo jamás desde la creación de la Liga Árabe, mostrando también

la fisura existente entre la opinión pública árabe y la mayoría de los regímenes gobernantes, aun si dicha realidad fue parcialmente ocultada por los medios de comunicación, para no poner en una situación embarazosa a los gobiernos aliados de Occidente.

Esta crisis dio lugar, como ya he dicho, a una manipulación mediática sin precedentes, en particular de las cadenas de televisión. Su tratamiento por los medios de Europa en general, y franceses en particular, ha provocado un sentimiento de ruptura psicológica y política entre la opinión pública de los países de la UMA y la de los estados de la CE. Este sentimiento parece en vías de reabsorción, pero otro malestar se vislumbra con la subida del islamismo en numerosos países, en particular Egipto, pivote del Mundo Árabe, y en Argelia, columna del Magreb.

Los malentendidos científico-tecnológicos y el Eje Báltico-Mediterráneo

Las causas del islamismo son múltiples: entre ellas, las cuestiones económicas y sociales ocupan la parte más importante. Los islamistas critican hoy en día el desarrollismo populista puesto en marcha por los dirigentes modernistas cuando se produjo su acceso a la independencia. Este tipo de desarrollo se basó en la industrialización que en la agricultura, y llegado el momento de ocuparse de esta última, fue para mecanizarla. El esquema, en sí, era lógico. Los países árabes, incitados por Europa y los Estados Unidos compraron fábricas –llave en mano- sin antes darse los medios para generar su propio camino hacia la industrialización, lo que habría supuesto la elaboración de un camino de investigación científica y tecnológica propia. No lo hicieron y Europa tampoco buscó la manera de alentarlos. Después de 30 o 40 años de independencia, los países árabes han descubierto con consternación que dependen todavía más del extranjero.

Para fijar ciertas ideas, es bueno recordar que en el seno de la CE, Francia consagra el 2,4 por ciento de su PIB a la investigación científica y Portugal –recién llegado- el 0,6 por ciento. Los países árabes no dedican más del 0,1 al 0,3 por ciento de su PIB a la Investigación y Desarrollo (Incluso las sumas inscritas en los presupuestos no se utilizan a causa de falta de infraestructura adecuada y de investigadores competentes).

Paralelamente, del 60 a 70 por ciento de las importaciones y de las exportaciones de los países del UMA se llevan a cabo con la CE; un 0,5 por ciento, con el África negra y alrededor del uno por ciento con los Estados Árabes del Cercano Oriente.

Sin embargo, los países europeos se equivocan si piensan que pueden conservar eternamente este porcentaje de los mercados, frente a la competencia de Asia y América. Recordemos que Japón ha podido salir de sus límites compartiendo su *savoir faire* y contribuyendo así al surgimiento de lo que se conoce como los .Dragones de Asia. (Corea el sur, Taiwán, Singapur), que constituyen para aquel un cinturón de seguridad, aún habiéndose convertido en competidores.

Sin duda, se convertirán en competidores para los europeos si estos no reaccionan con rapidez. En efecto, Europa sufrirá, de buen o mal grado, las repercusiones que la desestabilización política, económica y cultural pueda producir sobre la orilla sur, que por otra parte, ya ha comenzado. Una de estas repercusiones será una inmigración clandestina más fuerte, puesto que es imposible levantar una cortina de hierro sobre el Mediterráneo.

Desde luego, la pregunta que se plantea es la siguiente: ahora que la mundialización de la economía se ha vuelto realidad, Europa quiere hacer del Mediterráneo una zona de desarrollo regional, lo que implica que se estén consagrando a la constitución de un eje Báltico-Mediterráneo fundado sobre la cooperación; no una cooperación desigual, sino una cooperación concebida en términos de co-desarrollo entre iguales.

¿De qué manera reaccionan los medios de comunicación frente a estos problemas fundamentales que conciernen y comprometen nuestro futuro común? No debemos olvidar, por cierto, que Rabat, Argelia, Túnez y Trípoli están más cerca de Madrid, Marsella, París y Roma que de la Meca, Riyad, Bagdad y Teherán. De hecho, salvo en ciertas revistas especializadas, los temas concernientes a Investigación y Desarrollo no sólo no han sido tratados sino ni siquiera abordados.

La posibilidad de una cooperación regional con vistas a hacer del Mediterráneo una zona de cooperación económica comienza a ser apenas vislumbrada. ¿No será esto una coartada? Hablar del Mediterráneo permite no mencionar a los Árabes y al Islam, que tienen, como hemos visto, una pésima imagen. Por mi parte, y a pesar de los vientos que soplan, pienso que el Mediterráneo tiene un futuro, con la condición de quererlo así; este concepto tiene la ventaja de integrar Israel, Turquía y los países europeos, desde Grecia hasta Albania, de los que siempre se olvida decir que son poco desarrollados o incluso, que están en vías de desarrollo. Desde este ángulo, estos problemas no son casi tratados, salvo rarísimas excepciones, en los periódicos y la televisión.

Los malentendidos en la profesión

Comenzaría por la formación, que me parece capital. En Europa, demasiados directores de órganos de prensa y periodistas estiman, aún hoy, que no es indispensable saber árabe porque puede compensarse con el inglés o el francés (sobre todo en el Magreb y en el Líbano), y que el conocimiento de los países, de la gente, de las instituciones se hará al mismo tiempo que los reportajes; así y todo, las agencias de prensa, los diarios más importantes y, en menor medida, la televisión se esfuerzan por reclutar periodistas especializados. Los periodistas árabes en Europa saben por lo menos inglés, y suelen tener un conocimiento —aunque superficial- del país al que son enviados como corresponsales, así como de sus instituciones. Muy pocos periodistas árabes han tenido acceso a las becas de la Fundación de Periodistas de Europa.

En lo que a escuelas de periodistas se refiere, voy a tomar mis ejemplos de Francia, ya que los conozco bien y sé que son significativos.

La CFPJ, Centro de formación y de perfeccionamiento de Periodistas –la mejor escuela de Francia junto con la de periodismo de Lille- ha previsto, desde su creación en 1964, cuatro seminarios de profundización en el segundo año (geopolítica, política exterior, política interior y economía), consagrados cada uno a un tema.

Ahora bien, hasta 1985-1986, ni el Mundo Árabe ni el Islam habían sido incorporados, a pesar de la guerra árabe-israelí, el conflicto argelino, la expedición de Suez, la primera crisis del petróleo, la primera guerra del Golfo, etc.

Fue Daniel Junqua, director general, nacido en Argelia –donde fue corresponsal de *Le Monde*-, quien tomó la iniciativa de confiarme el seminario de geopolítica, cuyo tema era *Islam-Mundo Árabe*, previsto para un año, fue renovado gracias a la petición de los estudiantes, que encontraban allí la iniciación a un mundo que les era completamente desconocido.

Con un total de casi 35 sesiones que representaban 120 horas de curso –con la participación de periodistas, universitarios, diplomáticos, estrategas, etc., sin contar las prácticas y la lectura de obras fundamentales-, este seminario forma entre doce y dieciséis estudiantes por año, un buen número de ellos ha logrado conservar su especialización en los órganos de prensa para los que trabaja.

De igual manera se constituyó, bajo la iniciativa del CFPJ, una asociación de escuelas de periodismo en Europa; se desplegaron todos los esfuerzos para lograr suscitar la creación del mismo tipo de asociaciones en el Sur, para permitir a ambos organismos cooperar. Pero esto no se ha conseguido. Así, la cooperación entre asociaciones y sindicatos de periodistas del Norte y del Sur se presenta difícil, puesto que no es muy bien recibida por los gobiernos árabes.

En París, las asociaciones que agrupan a periodistas franceses y árabes, no han logrado sobrepasar los dos o tres años de vida: se disuelven en la medida en que sus colegas árabes dejan de asistir a las reuniones.

Otra fuente de malentendidos: los dirigentes árabes reprochan a los medios europeos el no dar suficiente lugar al Mundo Árabe, o el presentar sólo sus aspectos negativos. Estas reacciones reflejan la relación de los consejeros de prensa de las Embajadas acreditadas en las capitales de la CE; ahora bien, hay que decir también que ellos mismos –en la mayor parte de los casos- no dominan siquiera la lengua del país en el que trabajan.

Aún cuando el reproche de los dirigentes árabes tiene un fondo de verdad, merece también ser tomado con pinzas.

Mis estudiantes del CFJ llevaron a cabo una encuesta seria, durante varios meses, con vistas al coloquio *El lugar del mundo árabe en la vida intelectual y cultural francesa*, organizado en el marco de las ceremonias que marcaron la inauguración del Instituto del Mundo Árabe, en París, a finales de 1987 y principios de 1988. Una primera serie de encuestas consistió en analizar el contenido de un cierto número de órganos de prensa franceses concernientes al Mundo Árabe: diarios, semanarios, mensuales, radio y

televisión. Estos estudios constituyeron una buena base de información y de reflexión. Una primera constatación: el tratamiento de la información y del análisis varía, en calidad y cantidad de acuerdo a la naturaleza de los medios. Son los semanarios y la televisión los que más dejan que desear.

Otro estudio recayó sobre la prensa especializada, que toca a un público más avisado, pero que no llega a quienes toman las decisiones y demás políticos.

La cantidad de órganos especializados concernientes al Mundo Árabe varía en cada país europeo, sin embargo no debe menospreciarse, en particular en Gran Bretaña y Francia. En este último país citaré el trimestral *Maghreb-Macbrek*, que ha continuado a *los Cahiers de l'Orient contemporains* (1945-1969); la *Revue d'études palestiniennes*, creada en Beirut en 1963 y publicada en París desde 1981; los *Cahiers de l'Orient* (1986), trimestral y *Arabies*, mensual que aparece desde 1988.

La tercera encuesta se dirigió a las publicaciones árabes –diarias y periódicas- publicadas en Francia y en Londres. Resultó que, en su gran mayoría, eran financiadas por un Estado Árabe, principalmente Siria, Irak y Arabia Saudita. Desde la segunda guerra del Golfo, los periódicos bajo el financiamiento de Irak han desaparecido de la circulación. Hoy en día hay cierta cantidad de publicaciones, entre las que cuenta *Al Hayat* en Londres, que son controladas directa o indirectamente por capitales saudíes.

Este tipo de prensa, hay que admitirlo, -no tiene buena prensa-, y es considerada como una –prensa de propaganda- por los periodistas y políticos europeos. Encuestados por mis estudiantes, muchos periodistas árabes han admitido que carecían de rigor y por tanto de credibilidad. Salvo excepciones, estos periódicos no son citados por los medios occidentales. Es lamentable también que el mejor de entre ellos tampoco sea consultado (en particular *Al Hayat*), al menos por especialistas –periodistas, universitarios, hombres políticos y diplomáticos-, ya que, para aquellos que saben leerlos, constituyen una fuente real de información.

Al mismo tiempo, los satélites permiten versar un caudal de imágenes europeas y, más aún, norteamericanas hacia los países árabes vecinos, que pueden captarlas gracias a sus antenas parabólicas. La cultura –made in USA-, ¿podrá suplantar la cultura mediterránea?

Debemos también lamentar y quejarnos de la manera en que las televisiones francesas y europeas ignoran las obras maestras del cine egipcio y de otros países árabes.

Hubo en Francia algunas veladas marcando el final del Ramadam, animadas por Frédéric Mitterrand, con algunos filmes como la *Momie de Shadi Abdessalam* y *Halfaouine, de Boughedir*, o –más-dos documentales *Irak, 5000 años y seis semanas*, de Annie Tresgot (France3) y *El mundo del islam*, sobre Arte, de Chantal Perrin y Marise Bergonzat; pero esto es más bien la excepción. Igualmente, el número de co-producciones de Films y de series de televisión franco y euro-árabes sigue siendo ridículo, y no porque el tema carezca de interés tanto para una como para otra orilla del Mediterráneo.

De esta manera, de nada sirve esconder las trabas y los obstáculos. Hay que admitir que la situación de los Derechos Humanos, de la libertad de expresión y de la práctica de la democracia deja mucho que desear en muchos de los países árabes. En la mayor parte de los coloquios organizados en Europa o sobre la orilla sur, los periodistas no árabes formulan principalmente las críticas: la primera concierne a las dificultades que encuentran para poder realizar sus reportajes en los países árabes y musulmanes: rechazo de visados, trabas para la libre circulación, vigilancia más o menos discreta, retención de material de grabación y registro, censura o prohibición a los órganos de prensa para que publiquen los artículos considerados como –hostiles- o –no objetivos-, cuando en realidad lo único que hacen es entrar en los problemas reales.

La segunda va sobre las relaciones –juzgadas como decepcionantes- con los consejeros de las embajadas árabes: es cierto que su nulidad sobrepasa a veces la imaginación. Los mismos periodistas árabes lo admiten: -nuestros políticos y diplomáticos no saben ponerse a la altura de los medios-.

Entonces, ¿qué soluciones pueden proponerse, fuera de las que ya he formulado? Estoy persuadido de que sería muy útil que se estableciesen relaciones de cooperación entre las organizaciones de periodistas de ambas costas. En una perspectiva a más largo plazo, sería de desear que la *Conferencia para la Seguridad y la Cooperación Mediterránea* (CSCM), propuesta por España, tenga por fin lugar, y de tan buenos resultados como la CSCE.

Para terminar, y como conclusión, espero que este libro contribuya a una mejor comprensión entre las dos orillas, ya que sus destinos han estado ligados desde siempre, para lo bueno y para lo malo, tal y como la historia ha demostrado. Esperemos, entonces, que Ulises y Simbad acaben por navegar juntos, para llegar a –reinventar el Mediterráneo-, logrando así que este *Mare Nostrum* se convierta en *Mater Nostra*.